

# Carta a Monseñor Romero

## en el 25 aniversario de su martirio-asesinato

Querido y recordado Mons. Romero, te escribo esta carta, sabiendo que, con fe y esperanza, ya las está recibiendo en la Ciudad –Eterna– de Dios, en los Cielos Nuevos y Tierra Nueva, donde moras en la comunión con el Padre, en Cristo y el Espíritu –el Dios Trinitario–, y con todos los santos.

Quiere ser, Mons., *un sentido memorial y homenaje* hacia tu persona, hacia lo que fue tu obra y tu vida, en tu entrega y sacrificio *por seguir a Jesús*, proclamando y realizando su mensaje y causa, es decir, *su Reino de Dios*: un Dios Padre-Amor en Cristo, su Hijo, que propone y promociona una humanidad, mundo e historia fraterna, justa, solidaria, liberada y salvada integralmente, desde y con los más empobrecidos, oprimidos y excluidos (víctimas) de la tierra, luchando pacífica y transformadoramente contra todo anti-reino, esto es, contra todo valor, relación, institución y sistema maligno, injusto, opresor y excluyente que causa dolor, muerte, miseria, marginación...



A esta misión del Reino, como Jesús, *entregaste eucarística y martirial (testimonialmente) tu vida*, y por esta causa, Mons. –*como le pasó a Él*, Dios Encarnado y Crucificado, y a tantos mártires y seguidores suyos–, te persiguieron, crucificaron y asesinaron *los poderosos y enriquecidos de la tierra* –salvadoreños y estadounidenses, sobre todo (oligarcas y magnates enriquecidos, gobernantes y su administración, ejércitos)–, y su burgués *sistema neoliberal capitalista* de privilegios, poder, ganancia y riqueza, por medio y *costa del expolio-saqueo* de la vida y de los bienes de los pueblos empobrecidos; y también sufriste de la incomprensión y complicidad de algunos sectores de “llamados”

cristianos e iglesia, aliados con este poder establecido.



Celebrabas ese día la (última) eucaristía con una comunidad de religiosas, y en el momento de la consagración-transustanciación, uno de sus lacayos te disparó a quemarropa, y tu sangre y cuerpo *se unió* a la sangre y cuerpo del Señor Jesús, produciéndose una gran síntesis o comunión eucarística-sacrificial de amor, solidaridad y justicia en la humanidad y en la creación: se seguía realizando y anticipando ya la transformación y liberación escatológica del cosmos y de la historia: historia de fraternidad, justicia y de amor salvífico del Dios de la Vida

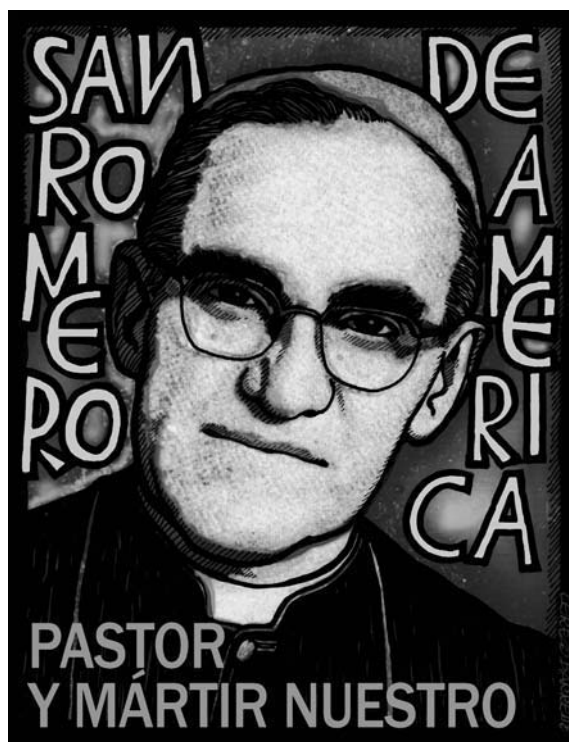
*Por idéntico motivo que a ti*, los mismos le hicieron lo mismo: a tu gran amigo el sacerdote jesuita Rutilio Grande, unos años antes



de tu muerte –por cuyo testimonio y martirio, iniciaste tu conversión a Jesucristo y su iglesia liberadora los empobrecidos–; al sacerdote jesuita (nacido en Cataluña) Lluís –“Lucho”– Espinal, asesinado en Bolivia dos días después de tu muerte; y unos años posteriores de tu martirio, Mons., se repetiría lo mismo con tu seguidor y discípulo I. Ellacuría (vasco de nacimiento) y sus compañeros (fue el asesinato de los 6 sacerdotes jesuitas y de dos mujeres en la UCA, del que se cumplió, hace poco, el 15 aniversario). Decías en forma provocativa y profética que te alegrabas por la persecución y sangre de tantos mártires de la iglesia: *porque no es posible, que en una situación de injusticia y muerte de tantas y tantas personas y pueblos, la iglesia no sea perseguida y martirial*, por defender solidariamente la vida, la dignidad y los derechos de los más empobrecidos y oprimidos; por eso, en esta fidelidad, solidaridad, justicia y compromiso radical que tuviste con ellos –en esa *mística y espiritualidad de encarnación*–, cuando te ofrecieron escolta para protegerte, la rechazaste diciendo: si el pueblo empobrecido no tiene protección, yo, su servidor, tampoco la tendré. Fuiste Mons., como dijo Juan Pablo II, un pastor celoso y venerado, por eso el Papa te rezó después en tu tumba.

Y, del mismo modo, proclamabas– con tu fe y esperanza inquebrantable– que si te mataban, *resucitarías* en el pueblo salvadoreño, en la iglesia de Dios: tuviste razón Mons., resucitaste en Cristo, y sigues vivo y presente en la fe, en el amor y en la esperanza de tu pueblo, de tu iglesia y de todos las personas o pueblos oprimidos y excluidos de la tierra, sacramento y cuerpo místico de Cristo; sigues acompañados en su anhelos y luchas por la vida, dignidad, justicia y liberación *de lo mismo que te mató, y que sigue actualmente empobreciendo y excluyendo a la mayoría de la humanidad*. Lo sigue hoy expresando tu pueblo: Mons. *decía la verdad, tenía razón*, nos defendía de la injusticia

Que hermoso y que justicia, Mons., que el pasado jueves día 24 de Marzo, Jueves Santo– Conmemoración de la Cena Eucarís-



tica del Señor, Día del Amor Fraternal–, se cumpliera el 25 aniversario de tu asesinato. *El Amor nunca muere*, y la iglesia fraterna y profética de Jesús sigue viva y pujante, Mons., ahí está tu proceso abierto de canonización y los de otros testigos como tú: Bartolomé de las Casas, G. Roviroso, etc. Una iglesia que siguiendo el ejemplo de todos estos nombres y testigos, nombrado a lo largo de este artículo, *si es creíble, testimonial y coherente*.

AGUSTÍN ORTEGA CABRERA,  
Estudios de Filosofía y Teología (ISTIC),  
diplomado en trabajo social,  
experto en intervención social integral.